Serenata en violín y frío

Saúl Piemontesi

Image not found.

Capítulo 1

Serenata en violín y frío

Triste y frío atardecer en los suburbios, donde el cielo es gris y el viento es filoso. La casa antigua, pequeña y pobre protege a los niños tanto como puede con sus paredes húmedas y descascaradas. No hay vidrio en las ventanas. Los tres pequeños tiemblan bajo una fina manta de hilos rebeldes. Sus estómagos están vacíos y el sueño baila lejos de ellos, en la tormenta. Para calentarse susurran historias maravillosas de un mundo imposible donde el sol no se apaga y hay carne en sus platos. Se abre la puerta y entra su madre, cabello negro y brillante más que la noche que se ha apurado a nublarles los ojos. Tiene en sus manos un violín. Camina despacio, se detiene junto a la cama, apoya el instrumento en su hombro y sonríe. Es la primera magia de la noche y los niños callan y la miran. Es suave el movimiento del arco sobre las cuerdas y es triste la música, pero dulce. Los niños cierran los ojos y viajan hacia el país que crearon. La mujer no deja de tocar. Las notas se enredan con el viento, van y vienen, danzan, se acurrucan en la cama, vuelven a volar. El violín no deja de llorar: es una noche de hambre y frío y los violines saben de alegrías, pero más de congojas. La mujer sufre detrás de su música. Entra el hombre. Su marcha es lenta y le tiemblan las manos. Mira a su esposa y lego a sus hijos. Se acerca a la cama y besa sus frentes. Los niños duermen, sueñan, sonríen, se escapan una noche más. Se miran los padres y lloran los dos, siempre en silencio. Él lleva su mano a la espalda, al cinturón, al cuchillo frío, traidor y filoso como el viento. Será rápido y silencioso, lo ha prometido, pero ella no puede ver. La dama mira ahora a un rincón de la pared y su música es más triste y profunda que nunca. Ruge el viento y tiemblan los pequeños cuerpos pero sus mentes inocentes viajan en paz. Brilla el metal en el aire y cae terrible como el rayo, se mancha una vez, dos, tres. Gotea en carmín brillante. Hay un quejido de violín por cada último suspiro. Se acaban las notas y surge de la mujer una voz quebrada, perdida, marcada en el aire como un reproche.

-Una vez más, querido, aquí en mi pecho –le dice al hombre- y luego quema el violín.